

"FOR WHITE ONLY"

En estos momentos en que, aprobada la Ley de Derechos Civiles, se recrudecen en Estados Unidos las luchas raciales con una violencia inusitada, llegan a nuestras pantallas dos películas —una inglesa, de estreno; la otra, americana, en reposición— que, una vez más, nos traen la imagen de lo que hasta hoy, en el cine, se ha venido haciendo con el problema racial. Tanto en las películas que, de un modo u otro, han presentado en la pantalla a negros americanos en su país como en las de aventuras exóticas —de carácter más o menos disimuladamente colonialista— cuya acción se desarrolla en África, el planteamiento ha sido totalmente pro-blanco, considerándose a los hombres de color, en el mejor de los casos, como elementos decorativos y más o menos bonachones y estúpidos y, más frecuentemente, como los perfectos villanos. Ahora, con la nueva estructura que va tomando el mundo, es posible que las cosas cambien. Tendrán que cambiar, no ya sólo por razones que podríamos llamar «espirituales», sino también en función de intereses puramente crematísticos, ya que, de hecho, se han abierto una serie de posibles mercados en todo el territorio africano que, naturalmente, no admitirán el que las poblaciones negras se vean tratadas como lo han sido hasta ahora.

En Estados Unidos, hasta hoy, existían —abiertamente reconocidos o no— una serie de tabús en lo que se refería al modo de presentar a los negros en el cine. Criaditas, limpiabotas, chóferes, eran casi siempre los personajes cuya interpretación se encomendaba a actores de color. Luego vinieron los cantantes de cabaret, los bailarines acrobáticos... Pero en ningún caso al negro se le concedía beligerancia ni se le reconocía una dignidad de ser humano libre e independiente, capaz de intervenir no ya en los destinos de su país, sino ni siquiera en el suyo propio o en el de los seres que le rodean. Las excepciones a este tipo de planteamientos fueron, aparte de numéricamente escasas, tímidas y contemporizadoras. Y, casi siempre, teñidas de un matiz de paternalismo y de un romanticismo exacerbado que no llevaba a ninguna parte. «Aleluya», el tan cacareado film que Vidor realizara en los comienzos del sonoro, no salía de estas normas. Para comenzar, presentaba un mundo poblado exclusivamente por negros, como luego lo haría Preminger en su «Carmen Jones», lo que no deja de ser un falseamiento de la realidad; además, se volvía una vez más al mito del negro hecho para el canto y el baile, para la conformidad y la pasividad. Luego, ni los intentos de Kazan —«Pinky»— o Mankiewicz —«Un rayo de luz»—, ni incluso «Fugitivos», de Kramer

lograron pasar de planteamientos puramente epidérmicos de la cuestión. Mientras en el propio cine americano se observaba un viraje en cuanto al tratamiento del problema indio —«Flecha rota», «Apache», «La puerta del diablo»—, o del amarillo —«Sayonara»—, debidos a cambios notorios en la política interior y exterior del país, el problema negro seguía tratándose en los mismos términos. Richard Wright, admitido en literatura, tenía que trasladarse a Argentina para realizar la adaptación cinematográfica de una de sus novelas. Y los films de la serie africana seguían presentando un país hecho por y para el blanco, en el que los negros constituían el telón de fondo y el elemento perturbador.

Las cinematografías africanas, en las escasas obras que, hasta ahora, han realizado, no han pasado de tratamientos románticos y tremendamente ingenuos, que no han servido, precisamente, a los intereses que pretendían defender. Se ha tratado, generalmente, de obras encomendadas a realizadores europeos especializados en los films de «buenos sentimientos», carentes no sólo de talento, sino del mínimo rigor. Es lógico, hasta cierto punto, que en los primeros momentos esto haya ocurrido así, ya que la colonización no ha permitido la formación de equipos cinematográficos autóctonos, al tiempo que, culturalmente, las bases existentes en los países que acaban de salir de ella no permiten hablar de una tradición. Todo ha de hacerse a partir de cero y los errores son inevitables.

Ahora bien, a partir de ahora es cuando el problema ha de intentar resolverse, evitando tanto el esquema anterior, que, por sí mismo y en virtud de las razones apuntadas, dejará —está dejando ya— de ser viable, como el contrario, e igualmente paternalista, del negro bueno y el blanco perverso, tratado ahistóricamente y antidialécticamente. Que la variación venga de América será difícil, si la trayectoria política que parece emprender el país bajo la égida de Goldwater llega a sus últimas consecuencias. Que la marque África parece, asimismo, prematuro por falta de madurez. Desde luego, parece descartado que la marque Europa, donde el problema no tiene raíces y se caería fácilmente en la simplificación y el romanticismo. En todo caso, habrá, porque tiene que haberlo, un replanteamiento de las cosas. Y habrá, naturalmente, muchos intentos fallidos. Pero lo que es indudable es que el cine —por motivos económicos, aunque no fuera por otros— tiene que dejar de ser, en breve plazo, un cine «sólo para blancos».

CESAR SANTOS FONTENLA

"ELLA"
—LIZ—
EN LA
PELICULA
QUE
LA
LLEVO
A LA
CUMBRE

AUTORIZADA
PARA
TODOS
LOS
PUBLICOS

ELIZABETH TAYLOR

DANA ANDREWS PETER FINCH

LA SENDA DE LOS ELEFANTES



Director: WILLIAM DIETERLE